

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Tauromaquia y verdad

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MANUEL ESCRIBANO

TAUROMAQUIA Y VERDAD

Reflexiones tras 20 años
de alternativa

Con la colaboración de
Antonio Ramírez de Arellano

Prólogo de
Victorino Martín García

el paseillo

2024

© del texto: Manuel Escribano, 2024
© del texto: **Antonio Ramírez de Arellano, 2024**
© de esta edición: Editorial El paseillo S.L., 2024
www.elpaseillo.com

1ª edición: **mayo** de 2024

Fotografías: Todas las fotos pertenecen al archivo del autor y, en su caso, en sus pies se indica la correspondiente autoría.

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno
Corrección: Nieves Porras Parrado
Impresión y encuadernación: **Gráficas La Paz**

I.S.B.N. 978-84-126357-9-9
Depósito legal: CO 773-2024

Código THEMA: ATXZ1; DNBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

Prefacio, por Victorino Martín García	9
«Estoy palmando. ¡La que voy a liar!»	13
Un niño rubito de Gerena	15
Mi primer tentadero	23
Novillero triunfador	27
Y acabé en el <i>ostracismo</i>	39
La oportunidad de Datilero	51
<i>Luna de miel</i> del torero	65
El Valle del Terror	71
Cambios y transición	77
Madrid, la que te quita y te da	87
Consolidado en el escalafón	93
Toros en Francia	105
La <i>fiesta</i> en América	113
Con Cobradiezmós para la historia	119
La realidad supera los sueños	133
Los toros de Victorino Martín	139
Triunfo y dolor	145
Matador independiente	157
Toreando adolfos: Baratero en El Puerto	163
Mis cuadrillas, mi gente	173

Torero de toreros	181
Tahonero y el romance con los toros de Miura	197
No todo toros	217
La temporada 2023	227
¿Qué nombre tiene el futuro?	245
Remate, por Antonio Ramírez de Arellano	259
Posdata, por Antonio Ramírez de Arellano	265

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Prefacio

La primera vez que oí el nombre de Manuel Escribano fue por la prensa. Describían a un joven novillero sevillano que venía pisando fuerte y era hijo de veterinario. Quizás porque también soy veterinario, ya empezó a caerme bien sin conocerle.

Probablemente, porque tuve el precioso sueño casi imposible de «querer ser torero», me gusta estar al día de los nuevos valores que irrumpen entre los novilleros. Seguí sus pasos y progresos desde la distancia, como he hecho con casi todos los que han destacado en sus inicios.

Por entonces no era fácil ver imágenes. Tan solo te podías hacer una idea de las actuaciones de los profesionales, por las crónicas, fotografías de la prensa generalista y las revistas especializadas; así como las imágenes aisladas que se podían ver por la televisión. Pero ya Manuel iba adquiriendo fama de novillero completo y poderoso en los tres tercios. Sus triunfos se producían por toda la geografía española y por las plazas del sur de Francia.

La formación de un torero tiene distintas etapas, cada escalón que se asciende es volver a empezar de cero, el encuentro de nuevas dificultades. Es un camino de búsqueda de la perfección, de superación constante, en el que se va madurando con la práctica y con los años de experiencia. Nunca se acaba de aprender, pero el tiempo pasa y, aunque los conocimientos y la técnica se van perfeccionando, las facultades tienden a disminuir.

El paso más complicado es cuando se toma la alternativa, es decir, el novillero con picadores se convierte en matador de toros mediante una ceremonia solemne. En ese momento, el toricantano (así se llama al nuevo matador) pasa de enfrentarse a animales de tres años a ha-

cerlo con los de cuatro y cinco. Pero lo que aumenta aún más la dificultad son los compañeros, ya que a partir de ese momento se comparte cartel con competidores mucho más experimentados y maduros. Por lo general, la mayoría acusan este salto, entrando en un bache profesional más o menos largo según cada caso. Para muchos ha supuesto el fin del sueño.

Para Escribano esta etapa de su carrera supuso un largo parón. Prácticamente cayó en el olvido. Como diría un antiguo matador, «el banquillo nutre o pudre». Personalmente le perdí la pista. Volví a verle después de unos años en una corrida de casa celebrada en Antequera. Me reencontré con un torero hecho y maduro, preparado para dar el salto en cuanto la suerte le fuera propicia.

Siempre se ha dicho que hay que estar preparado para cuando pase tu tren y subirte a él. La oportunidad a Manuel se le presentó casi sin avisar, con una sustitución en el último momento en una corrida de Miura en Sevilla por percance del Juli. No la dejó pasar, cogiendo su tren para no volver a bajarse.

A partir de ese momento han sido muchas las ocasiones en las que se ha anunciado con toros de nuestra casa. Suelo ir a todas las corridas que se llevan nuestro nombre. En una de ellas celebrada en Béziers (Francia), tuve el honor de conocer a uno de sus seguidores y amigo, Antonio Ramírez de Arellano, catedrático de Física de la Universidad de Sevilla, relator de este libro que vas a tener la suerte de disfrutar.

De todos los encuentros de nuestro torero con los toros victorinos, sin duda el más importante hasta el momento, es el que se produjo en la plaza de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, el 13 de abril de 2016. Ese día indultó al toro Cobradiezmós, abriéndose un nuevo camino casi desconocido hasta ese momento, que personalmente creo que va a marcar un antes y un después en la evolución del arte de torear. Victorino y Manuel Escribano unieron sus nombres para la historia.

Por eso, cuando me propusieron realizar este prólogo, acepté encantado, ya que nuestros caminos están unidos por el destino.

Esta biografía que tienes entre tus manos, tan excelentemente escrita por mi ya también amigo Antonio Ramírez de Arellano, te va a llevar por una aventura de superación y sacrificio, que ha sido la carrera

taurina de su protagonista. Espero que lo disfrutes como yo lo he disfrutado. De lo que no tengo dudas es de que te aportará recursos y valores para enfrentar los retos que la vida te ponga en tu quehacer diario.

Disfrútalo. Solo me queda agradecer a Manuel y a Antonio el haberme permitido colaborar con este prólogo.

Victorino Martín García

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

«Estoy palmando. ¡La que voy a liar!»

Aquella plaza no tiene enfermería, y solo había una UVI móvil en la puerta, a la que me llevan a todo correr. Empiezo a notar que el cuerpo me abandona, que lo estoy perdiendo. Recuerdo un picor tremendo que sentía en las manos. Vi claro que me iba a morir, pero no tuve miedo. Solo pensé: «Estoy palmando. Hostia, ¡mi madre! ¡La que voy a liar en casa!». Y perdí el conocimiento.

Siempre me echo yo un rato de siesta después de comer los días de corrida, es mi costumbre y me duermo sin problema, pero ese día no pude conciliar el sueño. Antes de empezar a vestirme de torero, llamé a mi novia, como solía hacer. Normalmente, hablaba de cualquier cosa para no preocuparla, pero ese día le dije: «Hoy estoy *cagao*».

En mi primer toro no pasó nada. Yo notaba que no estaba al cien por cien, pero en el segundo me calenté con el ánimo del público y quise ponerle un par de banderillas al quiebro, desde las tablas. Siempre he dicho que uno no debe intentar un lance comprometido si no lo ve, y que incluso es peor si te animan, y eso fue lo que pasó. Normalmente, ponía el par saliendo sentado desde el estribo, pero esa plaza tan chica no tiene callejón ni, por supuesto, estribo, así que esperaba de pie. El toro ya me había visto, y me estaba midiendo, pero no soltaba el burladero donde lo tenía mi banderillero. Sigo citándole. Desde que deja el burladero, y viene para mí, tengo claro que me va a coger. Me ha ganado la vez, me ha pillado la distancia, y sé que no me va a obedecer. No me queda más remedio que aguantar. Le marco el quiebro, pero no responde. Me coge primero por la pierna derecha y me tira hacia arriba y contra el burladero. Cayendo yo, a esas medias alturas tan malas y peligrosas, atina a meterme el pitón en el vientre. El toro me aplasta contra la pared y mi reacción es sujetar el cuerno para evitar que me

haga más daño. Aprieto los abdominales como nunca en mi vida. Era una época en la que yo era más joven y estaba fuerte, pero aquel animal empujaba como lo haría contra el peto del caballo de picar. Yo pensaba: «¡Me revienta!», pero tuve la suerte de que no derrotó, porque si no me saca las tripas.

Por fin, el toro me suelta y se va con un banderillero. Salgo andando por mi pie, con el gesto instintivo de mirarme buscando la cornada, pero no la encuentro. Yo me sentía herido, porque no soy de los que se dejan sacar de la plaza fácilmente, pero me dejé ese día.

En las cornadas uno no sabe muchas veces el daño que lleva; el dolor que sientes puede ser del mismo golpe. Sigo buscando la herida por la taleguilla, sin encontrarla. Me cogen Manolo Campuzano, mi apoderado, David de Gerena, mi mozo de espadas, y Joselito León, que iba de ayuda. Echo mis brazos sobre dos de ellos y el tercero me coge por los pies. Me sacan de la plaza. Con lo que había visto al toro hacerme, sabía que, si el pitón me había entrado en el vientre, seguro que la cosa sería muy grave. Antes de desmayarme, creyendo que allí acababa todo, solo pude pensar en el lío que se venía en mi familia y en el disgusto para mis amigos, pero, sobre todo, pensé en mi madre.

Ella siempre decía que nunca se había *acostumbrado*, ni esperaba acostumbrarse, al sufrimiento que supone tener un hijo torero; que lo que sucedía es que, con el tiempo, se *aprendía* a soportarlo. Cuando estoy toreando, sobre todo las tardes importantes, de mucho compromiso, vienen sus amigas a casa a hacerle compañía y distraerla un poco, pero dice que ella *sabe* en cada momento dónde estoy y qué estoy haciendo. Si estoy de rodillas a portagayola, si ya me he levantado, si voy a poner banderillas o si voy a entrar a matar. Lo que consideraba que era mi último pensamiento fue para ella.

Un niño rubito de Gerena

Mi abuelo se llamaba igual que yo, Manuel. Manuel Escribano Meléndez, más concretamente. Vino a Gerena de secretario municipal. Fue a principios de los años sesenta, buscando ambiente taurino y apoyos para mi tío Luis, el hermano mayor de mi padre, que estaba despuntando como novillero. Llegó a torear con caballos y cortó una oreja en Vistalegre, la otra plaza de Madrid, pero no fue a más. Pienso a veces en lo que hubiera disfrutado mi abuelo viéndome triunfar. Los Escribano son originariamente de Tarifa; gente de ganado y carniceros. Sigo teniendo allí mucha familia. Aquello es como mi casa.

Por mi padre sé que mi bisabuelo hacía trabajar a mi abuelo en el campo como si fuera pobre. De esa dureza se quiso escapar el abuelo Manuel yéndose a Madrid de soldado en los años treinta, en plena república. Llegó sabiéndose las cuatro reglas y leer lo justo, pero se vio, y le verían, con buena cabeza como para sacarse las oposiciones de secretario de ayuntamientos. Antes de que estallase la guerra ya tenía destino cerca de Albacete. Primero en Villavalliente, donde conoció a mi abuela, Rosario, y nacieron mis tíos Luis y Alfonso, y luego en Pozo-Lorente, donde nació mi padre, Francisco Escribano, y su hermano Manolo. Aquello es La Mancha profunda, no lejos de donde nace el Júcar. Yo creo que se nos nota esa tierra en el carácter.

Debió ser mi abuelo de verdad un personaje. Él no quería hablar del asunto, pero cuentan que en la guerra se las organizó para irse desde Albacete, que quedó en la zona de la república, hasta Extremadura para pasarse a la zona de Franco. Mal hecho, porque terminó en un campo de prisioneros. Por lo visto, no se fiaron de él.

El abuelo era un loco de los toros. Por las cosas de la familia en Tarifa, los tratos de ganado y demás, siempre había estado conectado

con los temas del bravo. La Ruta del Toro llaman a la carretera que va de Jerez de la Frontera a Algeciras, que pasa por Los Alcornocales. Por aquellos años, creo que antes de terminar la guerra, Carlos Núñez había empezado en Los Derramaderos, no lejos de Tarifa, su ganadería, que haría historia luego.

Mi abuelo y uno de sus hermanos montaban como podían espectáculos taurinos en los años cuarenta por Cádiz y por Albacete, en plazas hechas con carros. Con ese ánimo, y ese *veneno*, terminó mi tío Luis queriendo ser torero. Yo solo lo vi delante de algunas vacas, pero dice mi padre que era de estilo más bien tremendista, poco *a la sevillana*. A pesar de todo, pensó mi abuelo que, buscando un destino cerca de Sevilla, podría encontrar gente del toro que le echase una mano. Como reunía los méritos y la experiencia suficiente, pidió venirse a Gerena, donde el puesto de secretario municipal estaba vacante.

Hoy mi pueblo se conoce como tierra de toreros, pero entonces no había ese ambiente. Cuando se vinieron para acá, mi padre tenía nueve años y recuerda que el que mandaba en estos temas en el pueblo – y en casi todos los temas – era el marqués de Albaserrada, que creo que se llamaba don José Luis. Aquí, en Mirandillas, pastaban sus animales. El encaste histórico de esa casa, mezcla de Santa Coloma y Saltillo, estaba entonces llegando, tras pasar por varios dueños, a manos de la familia Martín, hoy las ganaderías de Victorino y Adolfo, de forma que lo que se lidiaba como albaserradas eran de una reata de vacas de Juan Pedro y sementales de Isaías y Tulio Vázquez. Mi padre me cuenta que los mayores de ambas casas eran hermanos, uno de ellos casado con una tía de mi madre, y tuvieron la vista de ese cruce, que llegó a tener mucho prestigio como ganadería *dura*. Siempre escuché hablar con cariño y respeto del marqués de aquella época, y de su gente, que dejaban a los chavales del pueblo torear en los cerrados a los animales que iban para el matadero, sin importarles.

A finales de los años sesenta, llega a Gerena la familia Rodríguez Pérez, *los Campuzano*. Venían de Écija, donde habían nacido José Antonio y Tomás, ambos matadores de renombre, y un tercer hermano, que fue picador. En Gerena ya nacieron Manuel, que fue también matador, y otro hermano menor, que fue novillero. Con ellos empezó el

cartel del pueblo como tierra de toreros. Manuel Campuzano llegó a ser una persona muy importante para mí.

La locura por los toros también la tiene mi padre. Por aquella época, a principio de los años setenta, se va a Córdoba a estudiar Veterinaria en la universidad, pensando desde el principio en trabajar en las cosas del ganado bravo. Ya era novio de mi madre, Lola Nogales, esta sí generera de familia y también con sus conexiones taurinas; por ejemplo, con la familia Quinta, que tantos buenos picadores ha dado.

Cuando mi padre termina la carrera, empieza a trabajar en los servicios técnicos de la Asociación de Agricultores y Ganaderos de Andalucía, compaginando, incluso antes de terminar los estudios, con la cirugía de vacas y toros bravos. Se gana un prestigio con eso, y es bien conocido entre los ganaderos y en el mundo del toro. Así que cuando vengo yo al mundo, el 21 de agosto de 1984, dos años después que mi hermana Rosario, tengo la suerte de caer en una familia taurina, los Escribano Nogales, en un pueblo taurino, Gerena, y a pocos kilómetros de uno de los cosos sagrados del mundo del toro: la Maestranza de Sevilla.

La cosa tuvo su suspense: el año antes de yo nacer, a mi padre por poco le mata un toro al que estaba operando en Mirandillas, que se despertó de la anestesia antes de tiempo. Cuenta él que le llevaron a un médico musulmán que tomó unas gasas y le dijo: «Aprieta y ¡que Alá te proteja!». Mi padre pensó que lo habían desgraciado para siempre y que no podría tener hijos. Mis hermanos Curro y José María, y yo mismo, damos testimonio de que no fue así.

Por lo que me cuentan, en cuanto aprendí a andar, ya iba yo por ahí con mi capotillo. Tengo fotos cerca de mi padre mientras atendía algún toro sedado o corriendo para esconderme detrás del burladero en una plaza de tientas a la que salía una vaca, siempre con mi trocito de tela bajo el brazo. Iba con esos juguetes a todas partes. Mi padre me compraba en El Corte Inglés unos toritos, que venían bien a mi pequeño tamaño, y que yo destrozaba de tanto pegarles pases y hacerles trastadas. Cuando uno caía, me compraba otro. Por lo visto, tenía que encargarlos porque no los había siempre en la tienda. Dice mi padre que, con esos años, siendo yo un renacuajo, me echaba en la parte de atrás

del coche y me llevaba a las ganaderías que le llamaban para trabajar. El niño rubito era una presencia habitual, y los mayores y vaqueros preguntaban por mí cuando no iba. Mientras él trabajaba en el animal que fuera, yo me dedicaba a jugar al toro y a fijarme en todas las cosas del campo. También hay fotos mías a caballo antes de que yo tuviera edad para recordarlo. Por supuesto, aquello terminaba a altísimas horas porque, tras el trabajo, el protocolo del campo obligaba a echar un rato para atender al señor veterinario. Y yo aguantaba despierto, me dicen, escuchando las historias de unos y otros.

Con dos o tres años, en una capea, Guillermo de Alba, que era banderillero con los Campuzano, me lleva en brazos mientras él torea una vaquilla. No sería yo mucho mayor cuando, según cuenta mi padre, *actué* por primera vez *con público*. Él era entonces veterinario municipal en Sanlúcar de Barrameda, y me llevaba siempre que podía. Había entonces una huelga de pescaderos de los mercados en toda Andalucía, y los placeros del pescado de Sanlúcar no querían unirse a ella. Por lo visto, desde Sevilla les enviaron un piquete para que no rompieran la huelga, y se creó una situación muy tensa en la puerta de las oficinas municipales en las que trabajaba mi padre. Unos y otros querían que él mediara como responsable municipal. Por allí andaba yo, por supuesto con mi capote y las cosas de torear a cuestras. En medio de la discusión entran dos policías municipales a buscar a mi padre y le dicen: «Don Francisco, salga usted que vaya la que está liando su hijo». Yo estaba en la calle pegando pases, y unos y otros –los de huelga sí, y los de huelga no– me aplaudían y jaleaban. Por lo visto aquello relajó el ambiente con la guasa y terminaron llegando a un acuerdo.

Hay por ahí una fotografía en la que estoy embelesado viendo una corrida por la televisión. Otros niños verían Barrio Sésamo, yo veía toros. También hacía mis *numeritos* taurinos por las calles de Gerena, en las reuniones de mis padres. Por ejemplo, en la peña de los Campuzano, que estaba cerca del mercado. Mi capote, mi muleta, mi espada de pega y una montera, que me había regalado Guillermo de Alba, y a torear.

Dice mi madre que era un niño muy bueno, pero muy ruidoso y con mucho genio. Totalmente nulo para la escuela, que no me interesaba en absoluto. Yo nada más que quería campo y solo pensaba en el cam-



«¿Ya puedo salir?». Me crié jugando en la finca de Albaserrada. Foto: Archivo del autor.

po y sus cosas. Me tengo que creer lo de haber sido bueno, porque mis hermanos pequeños, Curro y José María, que me siguieron en los estudios en el Colegio Público Fernando Feliú, dicen que mis maestros, que también fueron los suyos, me recordaban con cariño. Mis padres, que querían que yo tuviera alguna disciplina, autorizaron a los maestros a castigarme cada vez que hiciese alguna trastada. Por lo visto, los profesores, en su infinita paciencia, les dijeron que la cosa no tenía remedio, que cada vez que intentaban reñirme por algo, yo les devolvía una sonrisa encantadora y los desarmaba.

Un día llamaron a mi padre al colegio. En el patio había un montón de avioncitos de papel. El maestro le enseñó a mi padre mi cuaderno, al que no le quedaba ni una hoja. Le dijo: «¿Ha visto usted los aviones de papel? Pues de aquí han salido. Manuel los ha ido tirando por la ventana de la clase uno por uno hasta que se ha quedado sin cuaderno». Mi padre no salía de su asombro. Siguió el maestro: «Y dígame, por favor, a Manuel que la próxima vez no firme los aviones que tira».